

seguro de mi justicia;  
 porque tú bastaras sola  
 a librarle, que bendita  
 eres entre las mujeres  
 toda hermosa y toda rica  
 de dones espirituales<sup>12</sup>.

La acción reconciliadora de María se hace manifiesta en el desarrollo dramático. Hay todavía otra alusión a la Inmaculada Concepción cuando Abigail va otra vez a arrodillarse ante David, quien se lo impide, pues «antes que a la tierra llegues / te tendrá la mano mía / preservada, para que / a nadie tu beldad rindas»<sup>13</sup>.

Pero, junto y unido al misterio de la acción reconciliadora de Abigail, no podemos olvidar el *elemento eucarístico del pan y vino* ofrendados por la misma mujer que reconcilia: misterio que no escapa a la observación de Luzbel:

¿Qué misterio es este,  
 que tanto me atemoriza?  
 Una mujer a salvar  
 basta a los que en ella fian  
 su tribulación? ¿Qué pan,  
 qué carne, qué vino libran  
 del enojo de David  
 a Nabal y su familia?<sup>14</sup>.

Y la explicación intencional del auto se da en la apoteosis, en que Abigail, «piadosa madre de todos», aparece coronada, y a sus pies una fuente de la que manan, perennes siempre, la corriente de sus liberalidades, mientras David, junto a un árbol en un monte, es símbolo de la descendencia mesiánica:

Esta es la gran descendencia  
 de David, de cuya línea  
 aquella *Flor del Carmelo*,  
 segunda Abigail divina,  
 vendrá que, arco de la paz,  
 corone su verde cima<sup>15</sup>.

## Reconciliación del hombre por Cristo y cooperación de María en Fray Juan de los Angeles, OFM. († 1609)

Por G. Calvo Moralejo, OFM.

<sup>12</sup> Ibid.

<sup>13</sup> Ibid., p. 652.

<sup>14</sup> Ibid.

<sup>15</sup> Ibid., p. 653.

## I.—PRESENTACION \*

En la encíclica programática de su pontificado, *Redemptor hominis*, Juan Pablo II enseña que para adentrarnos a comprender el misterio de la Redención, tanto en la dimensión divina como humana de su realidad misericordiosa, nadie podrá introducirnos en él como María. Y el por qué de esa afirmación, prosigue diciendo, está en que «nadie como María ha sido introducida en él por Dios mismo»<sup>1</sup>.

Ya en las primeras páginas de la encíclica, al recordar el texto de la carta a los hebreos: «Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo» (Hb 1, 1, 2), y añade Juan Pablo II, «por medio del Hijo-Verbo, que se hizo hombre y nació de la Virgen María»<sup>2</sup>.

La Encarnación y el Nacimiento de Cristo hacen ya presente entre los hombres al Redentor del hombre y del mundo. Y «en este acto redentor, la historia del hombre ha alcanzado su cumbre en el designio de amor de Dios. Dios ha entrado en la historia de la humanidad y en cuanto hombre se ha convertido en sujeto suyo»<sup>3</sup>.

\* Fray Juan de los Angeles, 'Manual de vida perfecta', en Fray Juan Bautista Gomis, OFM, *Místicos franciscanos españoles*, vol. 3 (BAC, Madrid 1949) 479-682; Idem, *Diálogos de la conquista del Reino de Dios*, Introducción y notas de Angel González Palencia (Madrid 1946); Idem, *Segunda parte de la Conquista o Manuel de vida perfecta*, Introducción y Notas de Fr. Jaime Salas, OFM (Barcelona 1905); Idem, 'Obras de Fr. Juan de los Angeles', en *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* (NBAE) vol. 20, Introducción por el P. Jaime Salas (Madrid 1912); vol. 24 (Madrid 1917); Melquiades Andrés, *La teología española en el siglo xvi*, vol. 2 (BAC, Madrid 1976 y 1977); J. A. de Aldama, S.J., 'La piedad mariana en el tratado 'Passio duorum'', en *Estudios Marianos* 44 (1979) 53-72; Gaspar Calvo, OFM, 'La Compasión Corredentora de María en Fr. Bernardino de Laredo', en *Estudios Marianos* 48 (1983) 421-41; Idem, *La Esclavitud Mariana y su origen concepcionista* (Madrid 1976); J. B. Gomis, OFM, 'Esclavitud Mariana. Fray Juan de los Angeles y su Cofradía de Esclavas y Esclavos', en *Verdad y Vida* 4 (1946) 259-86; Idem, 'Fray Juan de los Angeles', en *Místicos Franciscanos Españoles*, vol. 3 (Madrid 1949) 461-77; Joaquín Sanchis Alventosa, OFM, 'La escuela mística alemana y sus relaciones con nuestros místicos del siglo de oro', en *Verdad y Vida* 2 (1944) 735-57; M. Menéndez Pelayo, *Historia de las Ideas Estéticas*, vol. 2 (CSIC, Madrid 1940); Pedro Sainz Rodríguez, *Introducción a la Historia de la Literatura Mística Española* (Madrid 1984); Antonio Torro, OFM, *Fr. Juan de los Angeles, místico-psicólogo*, vol. 2 (Barcelona 1924).

1 *Redemptor hominis*, n. 22.

2 *Redemptor hominis*, n. 1.

3 *Redemptor hominis*, n. 1.

para darle a la humanidad una dimensión nueva: la humanidad redimida.

Por ello Cristo es «Señor de la historia del hombre en virtud del misterio de la Redención»<sup>4</sup>, en el que está singularmente presente María, su Madre. Y «en esto consiste el carácter excepcional de la gracia de la maternidad divina. No sólo es única e irrepetible la dignidad de esta maternidad en la historia del género humano, sino también única por su profundidad y por su radio de acción en la participación de María, imagen de la misma maternidad, en el designio divino de la salvación del hombre, a través del misterio de la Redención»<sup>5</sup>.

Misterio que, desde el *Fiat* de Nazaret, se ha formado bajo el corazón de la Virgen. Y «desde aquel momento, este corazón virginal y materno al mismo tiempo, bajo la acción particular del Espíritu Santo, sigue siempre la obra de su Hijo y va hacia todos aquellos que Cristo ha abrazado y abraza continuamente en su amor inextinguible»<sup>6</sup>. Ya había dicho el Concilio Vaticano II, que María se asoció a la persona y a la obra de su hijo con inefable amor de Madre, «sirviendo con diligencia al misterio de la Redención con El y bajo El, con la gracia de Dios omnipotente» (LG 65).

Este servicio o cooperación de María a la obra de la reconciliación del hombre con Dios es una de las exigencias de su condición de Madre del Redentor. Así lo han entendido los teólogos y lo han expresado claramente los místicos<sup>7</sup>.

Y entre los místicos voy a recordar ahora a Fr. Juan de los Angeles. Y en particular sus enseñanzas sobre el tema que estudio, como en su *Manual de vida perfecta* expone.

## II.—FRAY JUAN DE LOS ANGELES

Ha sido calificado Fr. Juan de los Angeles como «uno de los más regalados prosistas castellanos, cuya oración es río de leche y miel»<sup>8</sup>. Es tenido también por «una de las personalidades más interesantes de nuestra mística»<sup>9</sup> española, a quien «no es posible leerle sin amarle y sin dejarse arrastrar por su maravillosa dulzura, tan angélica como su nombre»<sup>10</sup>.

A la fluidez deleitosa de sus escritos y a su «amplia cultura re-

4 *Redemptor hominis*, n. 22.

5 *Redemptor hominis*, n. 22.

6 *Redemptor hominis*, n. 22.

7 Puede verse, por ejemplo, Aldama, *La piedad mariana en el tratado 'Passio duorum'*, pp. 69 ss.; Calvo, *La Compasión corredentora de María en Fr. Bernardino de Laredo*, pp. 428 ss. y otros autores allí citados.

8 Menéndez Pelayo, *Historia de las Ideas Estéticas*, pp. 90 s.

9 Sainz Rodríguez, *Introducción a la historia*, p. 231.

10 Menéndez Pelayo, *Historia de las Ideas Estéticas*, p. 91.

nacentista»<sup>11</sup> con que los enriquece, une la profundidad de su pensamiento teológico y el análisis penetrante en su filosofía del amor, que hacen de Fray Juan de los Angeles el psicólogo principal de nuestros místicos<sup>12</sup>.

Su vida queda enmarcada cronológicamente entre la fecha aproximada de 1536, en la que nace por las tierras toledanas de Oropesa, hasta diciembre de 1609 en que fallece siendo confesor y predicador de la Infanta Sor Margarita de la Cruz y de la comunidad de las descalzas reales de Madrid.

Como franciscano pertenece a la Provincia descalza de San José, fundada por San Pedro de Alcántara, en la que fue largos años profesor de teología, y ocupó los cargos de guardián de varios conventos, definidor y Provincial. A este cargo renuncia para poder mejor dedicarse a la predicación de la doctrina evangélica, la atención al confesonario y a escribir sus obras místicas, que tantas ediciones han conocido hasta nuestros días. Entre ellas: *Diálogos de la conquista del Reino de Dios*, *Manual de vida perfecta*, *Triunfos del amor de Dios*, *Vergel espiritual del ánima religiosa*...<sup>13</sup>.

El prestigio de su persona como ejemplar religioso, la solidez de su preparación teológica y su elocuencia ardiente, la facilidad de su pluma y su influencia en la Corte española todo lo puso decididamente al servicio del movimiento de devoción a la Virgen, con el nombre de Cofradía de la Esclavitud Mariana. Había tenido sus comienzos en el convento de franciscanas concepcionistas de Santa Ursula, en Alcalá de Henares en 1595.

El primer comentario teológico, que para la Esclavitud Mariana se escribe, buscando sólidas bases escriturísticas para la legitimidad de esta forma de devoción, y el reglamento por el que había de regirse la Cofradía de Alcalá, modelo para las que posteriormente se fundan había sido escrito por Fr. Juan de los Angeles para el centro alcalaino y se publicó en 1608<sup>14</sup>.

## III.—RECONCILIACION Y COOPERACION DE MARIA

### 1. MARIA, MADRE Y ESPOSA DEL VERBO

Como punto de partida para acercarnos a comprender el misterio de la reconciliación de la humanidad pecadora con la bondad misericordiosa del Dios Uno y Trino, quiere Fr. Juan de los Angeles

11 Sainz Rodríguez, *Introducción a la historia*, p. 231; advierto al lector que en esta misma página hay un lapsus fácilmente subsanable, pero que se repite también en esta edición, diciendo que nuestro místico es anterior a Santa Teresa, que nace en 1515 y muere en 1582.

12 Torro, *Fr. Juan de los Angeles, místico psicólogo*.

13 Puede verse la descripción de las obras en la Introducción del P. Salas, en Gomis, *Fr. Juan de los Angeles*, p. 477; en González Palencia, pp. 11-14.

14 Gomis, *Esclavitud Mariana*, *Fr. Juan de los Angeles*, 259-86 y en *Místicos Franciscanos Españoles*, pp. 685-701; Calvo, *La esclavitud mariana*, pp. 53 ss.

que, por la fe y el amor, se acerque primeramente el alma a esa misma «Trinidad perfectísima y Unidad unísima»<sup>15</sup>. Y postrado humildemente en su presencia, pedirle «el sentimiento y la devoción debida a la vida, pasión y muerte de Cristo mi redentor, en el cual está mi salud, mi vida y mi resurrección»<sup>16</sup>.

Y así como «el mejor modo para conocer la Beatísima Trinidad es el amor»<sup>17</sup>, ya que Dios es caridad (Jn 14, 21; 1 Jn 2, 16), y «con infinito amor te dió su Hijo»<sup>18</sup>, escribe nuestro místico, tienes que amar «al Hijo que con el mismo amor te dió su vida»<sup>19</sup>.

Para darnos el testimonio más evidente de su amor, empezó Dios «emparentando con los hombres»<sup>20</sup>, haciéndose «mi hermano»<sup>21</sup>, al encarnarse el Verbo eterno del Padre en las virginales entrañas de María.

Para adentrarse en un mejor conocimiento de la Encarnación Fr. Juan de los Angeles recuerda las palabras del Cantar de los Cantares (3, 15); «Hijas de Sión, salid para ver al rey Salomón con la rica corona que le ciñó su madre el día de su boda, día de fiesta de su coronación». Y ofrece de estas palabras una interpretación mariológica. El día de la Encarnación del Verbo, le dirá a la Virgen, es precisamente «el día de tu desposorio y del alegría de tu corazón»<sup>22</sup>.

Pone particular interés nuestro autor en precisar el sentido profundo de esas palabras que así comenta: «no llamas al encarnan *encarnación*, sino *coronación*, que te ha coronado tu Madre con corona de carne»<sup>23</sup>, en el día de tu desposorio.

La misma carne que para nosotros los hombres es «corma y confusión»<sup>24</sup>, es decir: prisión y molestia, es como el coronamiento y cima con que el amor de Dios se nos muestra en aquella carne deificada que el Verbo asume en su Virgen Madre.

Esa Encarnación establece una unidad de naturaleza con María, que sin dejar de ser Virgen es también Madre, totalmente singular y atípica de cualquier otra maternidad humana, que es comparada al desposorio. Y así como el desposorio crea una cierta unidad entre los desposados, dando origen a unos derechos y obligaciones nuevos, así María, por su divina Maternidad, tiene todo el honor y gloria que como a Virgen y Madre de Dios corresponde y todos los deberes de aquel singular «munus maternum» que como a Madre del Redentor y «Sponsa Verbi» le incumben.

15 *Manual de vida perfecta*, p. 639.

16 *Ibid.*

17 *Ibid.*, p. 635.

18 *Ibid.*, p. 636.

19 *Ibid.*

20 *Ibid.*, p. 637.

21 *Ibid.*, p. 637.

22 *Ibid.*, p. 637.

23 *Ibid.*

24 *Ibid.*

Al responder María al ángel: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38), le dirá el místico franciscano, «quedaste Madre verdadera de Dios»<sup>25</sup>. E invocará al «dulce Jesús: adórote, Hijo de Dios vivo, que tuviste por bien bajar por mí de las sillas reales y del sabroso Corazón de tu Padre a este valle de miserias y tomar nuestra carne, haciéndote hombre en el castísimo vientre de tu Madre, que el amor que te bajó a tomar mis miserias me levante a mí a gozar de tus misericordias para siempre»<sup>26</sup>.

«Ya no me maravillaré, Señor, de ningunos otros medios que busque tu grande amor para mi salud, había escrito el P. Estella, pues que el medio y medianero entre nosotros y tu Divina Majestad es tu unigénito Hijo en su naturaleza divina y nuestra naturaleza humana»<sup>27</sup>; es decir: «recibiendo en tu divino supuesto nuestra naturaleza humana, haciéndote hombre como nosotros, mortal y posible, visible y semejante a nosotros, para ser de nosotros amado»<sup>28</sup>, «y quisiste en la cruz perder tu vida para darnos vida»<sup>29</sup>.

En esto está la Redención del hombre: en pasar de la muerte a la vida, de la esclavitud a la libertad. Y el precio de este rescate está en la Encarnación del Hijo de Dios y en su muerte en la cruz.

«Y qué costosa redención, exclama Fr. Juan de los Angeles, ¡Que de gastos por la salud de los hombres!»<sup>30</sup>. Como había dicho Fray Diego de Estella la creación del hombre no costó nada a Dios, lo mandó y se hizo; «pero el redimirme te costó mucho, pues te costó la vida y la honra, y diste tu preciosa sangre en precio de mi redención»<sup>31</sup>.

Para Fr. Juan de los Angeles ya en la Encarnación Cristo Jesús, nuestro Redentor dulcísimo, comienza a pagar esos «gastos de nuestra salud» que culminan con su pasión y muerte. Así «se hizo la satisfacción, liberación, redención, solución y restauración de la humana naturaleza... fue de infinito mérito y dura para siempre»<sup>32</sup>.

25 *Ibid.*

26 *Ibid.*, p. 638.

27 Fr. Diego de Estella, 'Meditaciones devotísimas del amor de Dios', se cita por la edición en el vol. 3 de *Místicos Franciscanos Españoles*, p. 256. Sobre este insigne escritor ascético puede verse, Pío Sagües, OFM, Fr. Diego de Estella, *Apuntes para una biografía crítica* (Madrid 1950) y M. Castro, 'Fr. Diego de Estella', en *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, vol. 2 (Madrid 1972) p. 879.

28 Estella, 'Meditaciones', p. 127.

29 Estella, 'Meditaciones', p. 129.

30 Angeles, *Manual de vida perfecta*, p. 639.

31 Estella, 'Meditaciones', p. 130.

32 Angeles, *Manual de vida perfecta*, p. 526.

## 2. MEDIADORA DEL GOZO Mesianico

Ya María, por su divina Maternidad, de un modo realísimo y misterioso, singular y único, está asociada a la Persona divina de su Hijo y a la obra redentora que desde ese momento se inicia. Cristo, al asumir la condición humana en las virginales entrañas de María, empieza a ofrecer al Padre el sacrificio (Hb 10, 5-10) de Redención que culmina en el Calvario.

María, Madre del Redentor, se asocia también al sacrificio del Hijo, ofreciendo en Cristo, con El y por El al Padre todas sus ansias, molestias y sufrimientos que de su Maternidad divina directamente se originan.

Es la actualización del «Si» de la Encarnación, renovado conscientemente, que hallará su culminación también en el Calvario. El querer de María queda identificado con el de su Señor, que es su Hijo, y siente con El ansias de redención para los hombres.

Así lo expresa Fr. Juan de los Angeles al presentar a María absorta en contemplación y rogando «al Padre Eterno por la prosperidad de la obra de nuestra redención»<sup>33</sup>.

Y cuando está en oración con estos ruegos, recordando las palabras del ángel sobre Isabel, se pone María en camino hacia Ainkaren. «Va para comunicar con su prima el alegría de su deseo y del mundo ya cumplido»<sup>34</sup>. No es otro el móvil que la impulsa. Y prosigue el místico franciscano: invitándonos a considerar los «efectos de Dios encarnado. Salúdala, (María a Isabel) y saludándola se regocija Juan en su vientre y salta de placer, y es santificado; y la madre, llena de espíritu de profecía, reconoce a la Virgen por Madre de Dios»<sup>35</sup>. Como si nos dijera, que en el misterio de la Redención del hombre por Cristo y en el primer anuncio gozoso de la realización de la promesa, está presente María. Es la mediadora del gozo mesiánico para los hombres.

La asociación de María al sacrificio de Cristo con sus propios padecimientos se inicia ya desde ahora. Así lo recuerda Fr. Juan de los Angeles al evocar las molestias y padecimientos de la Virgen en su caminar hacia Ainkaren. «No quiso Dios reservar de ese trabajo, porque fuédeses abogada de los cansados, y rogádeses por ellos y ellos confiadamente acudiesen al trono de vuestra clemencia»<sup>36</sup>.

Y sin perder de vista la referencia directa a la Redención de la Maternidad de María y de todos sus sufrimientos, exclama: «Oh Señor, y qué costosa redención! ¡Qué de gastos por la salud de los hombres! No sólo os trabajastes a vos tratando del remedio del gé-

33 Angeles, *Manual de vida perfecta*, p. 638.

34 Ibid.

35 Ibid., p. 639.

36 Ibid.

nero humano, sino también a vuestros escogidos y predestinados»<sup>37</sup>. Y el primero de ellos es, ciertamente, María.

Esta asociación de los sufrimientos maternales de María a los de Cristo como «gastos por la salud de los hombres» la recuerda el místico franciscano como la contribución que la Madre del Redentor ofrece.

Si la divina Maternidad de María fue la causa de su plenitud de gracia y de sus gozos inefables de Madre, es también la causa de su unión con Cristo en su obra redentora, al ofrecerse al Padre. El gozo de su maternidad divina y virginal; de ser saludada por Isabel como Madre de Dios; el haber llevado la gracia a Juan y a su madre; el ser celebrada por pastores y Reyes; la alegría de oír a Simeón y a Ana que reconocen al Niño como el Mesías, tenían que dejar el paso al sufrimiento; pues, no había de ser todo fiestas»<sup>38</sup>.

Los sufrimientos de María en su caminar a Ainkaren y a Belén; el ver al Niño que nace entre tanta pobreza; el verlo sufrir en la Circuncisión era participar del sufrimiento redentor de Cristo, pues, dirá Fray Juan de los Angeles, «ya es tiempo que escoteis lo que habeis holgado»<sup>39</sup>.

Es decir: María tiene que empezar también a pagar la parte proporcional que a Ella corresponde en los «gastos» de la «Costosa redención» de los hombres. Es la Madre del Redentor a El asociada.

## 3. VIRGEN OFERENTE

Será Ella, por eso, quien en la presentación de Jesús en el templo haga la ofrenda al Padre del «Hijo común de ambos». Y no podrá el Padre «volver el rostro a la que ofrece ni al ofrecido, ni dejar de agradarse y darse por satisfecho del presente»<sup>40</sup>.

María es «la Virgen oferente» (MC 20) que toma el Hijo en sus brazos y lo ofrece al Padre Eterno: «Recibe, Santo Padre y Dios omnipotente, (diría), esta ofrenda y hostia pacífica que yo, tu esclava, te ofrezco por la salud del mundo. Recibe este Hijo común de ambos, tuyo *ab aeterno*, y mío en tiempo. Tuyo en lo divino y mío en lo humano. Gracias te doy infinitas porque fuiste servido de engrandecerme tanto, que sea Madre de quien tu eres Padre. Recibe ahora de las manos de tu sierva este sacrificio santo de la mañana, que de aquí a treinta y tres años te será ofrecido en los brazos de la cruz en sacrificio de la tarde. Mira con buenos ojos, Padre piadosísimo, lo que te ofrezco y por quien lo ofrezco; que no te puede haber ofendido el mundo tanto ni pecados pueden ser tan grandes

37 Ibid.

38 Ibid., p. 648.

39 Ibid., p. 648.

40 Ibid., p. 650.

que con tan excelentes sacrificios no queden pagados y satisfecho por ellos» 41.

En la víctima del sacrificio que María ofrece hay algo que en lo humano es totalmente suyo y Ella, como Madre, lo entrega al Padre, como precio de redención y rescate.

Pablo VI, en el número citado de la *Marialis cultus* ha recordado que «la Iglesia ha percibido en el corazón de la Virgen, que lleva al Niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, una voluntad de oblation, que trascendía el significado ordinario del rito».

En la presentación de Jesús en el templo, cumpliendo las prescripciones de la ley relativas a los primogénitos, tiene que pagar su rescate. Y Jesús «es redimido por cinco reales» 42. Y en un coloquio de agradecimiento profundo, el místico franciscano prosigue: ¡«Qué barato que compraste, Reina soberana! ¡Qué barato que comprastéis! Más barato que vuestro Hijo cuando nos compró a nosotros (1 Cor 6, 20; 1 Petr 1, 19)... Y más digo, y con vuestra licencia lo digo, Señor redimido, que es mayor compra la que hizo vuestra Madre que la que vos hicistes; porque aquí no el mundo, sino el Señor del mundo es comprado y redimido» 43.

Y esto porque Cristo Jesús quiso parecerse a los hombres también «en el ser redimido como ellos» 44 por el precio que pagó su Madre.

Es esta una señal del amor del Padre que «parece haber estimado en más a los hombres que a su Hijo, pues para la redención de ellos buscó precio infinito, y para la de su Hijo se contentó con cinco sicos» 45.

Y como el remedio pertenece a quien lo redimió, Cristo Jesús nos pertenece, no sólo porque Dios Padre nos lo ha dado por gracia, sino también «porque con su dinero lo compró para mí su Madre» 46; «pues fuiste para mí comprado y rescatado por tu Madre» 47.

#### 4. COMPASION DE MARIA

«Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación» (LG 57), se mantuvo «fielmente hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida, sufriendo profundamente con su unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmólación de la víctima que ella misma había engendrado» (LG 58).

Las palabras citadas del Vaticano II pueden servirnos de presentación valiosa en las enseñanzas de Fr. Juan de los Angeles, más

41 Ibid., p. 651.

42 Ibid., p. 652.

43 Ibid.

44 Ibid.

45 Ibid.

46 Ibid.

47 Ibid., p. 653.

dramático y amplio en sus expresiones al tratar de la Compasión de María.

Al encontrarse Hijo y Madre en el camino del Calvario se dicen «razones tiernas y de compasión» y pone entre ellos el siguiente diálogo: «—Madre, esto conviene así, que lo quiere y ordena mi Padre, y por este medio se repara el mundo y se remedian las almas y cumplo con la obligación de Hijo—. Hijo, yo soy contenta; vamos juntos y muramos juntos, si así es la voluntad de vuestro Padre» 48.

En este diálogo visibiliza nuestro místico de alguna forma los sentimientos de aquellos dos Corazones de Hijo y Madre en tan doloroso encuentro. Y del sentimiento que Cristo padece ante el dolor de su Madre, dirá Fr. Juan: «Otra cruz es esta, Jesús mío, otra cruz es esta. La de madera os trae molidos los hombros y llagados y os hace arrodillar en tierra muchas veces; pero ésta acabara con vos, si vuestro Padre no os guardara para trabajos mayores» 49.

Por la compasión que siente ante los dolores de su Madre, Cristo los asume, los hace propios, son dolor de su dolor, y por ello son también corredentores. Son parte principal de sus sufrimientos, cruz de su misma cruz, que sufre como Hijo de María y que como Hijo de Dios ofrece al Padre por la redención de los hombres.

Y como la compasión tiene que ser pasión o sufrimiento de dos, y en frase de Fr. Bernardino de Laredo es una «reciprocación de amor» 50, o la expresión de un amor mutuo, también el padecer de María con Cristo su Hijo es el testimonio de su amor de Madre, que «escota» la parte de dolor y sufrimiento que le corresponde por ser la Madre del Redentor, asociada a su persona y a su obra. Y en el Calvario, precisamente, la satisfará en su totalidad.

Cristo en la cruz es la imagen del Redentor. Y se pregunta el místico franciscano: «Estando tu Hijo y tu amor puesto en ella, ¿podías tú estar menos que crucificada con él? A él con clavos de hierro le tienen enclavado, y a tí te tiene traspasada y enclavada la caridad. La cruz del Hijo es de pasión, y la de la Madre de compasión; porque el Hijo padece, y la Madre se compadece. Al Hijo enclavan los sayones, y a la Madre, el amor» 51. Puede por eso añadir: «Una cruz los tiene y unos clavos los atormentan. El, crucificado en el cuerpo, y ella, en el alma» 52.

Esta idea de la Compasión mutua entre Hijo y Madre, que se hace también con crucifixión amorosa, vuelve a expresarla nuestro

48 Ibid., p. 664.

49 Ibid., p. 663: en la edición del P. Gomis que sigo pone «otra cruz en esta», (subrayado mío, cuando debe ser *es*, como puede verse en la edición del P. Salas (Barcelona 1905) p. 404.

50 Sobre esto véase mi estudio: *La Compasión corredentora de María en Fray Bernardino de Laredo*, pp. 427, 433ss.

51 Angeles, *Manual de vida perfecta*, p. 667.

52 Ibid. También para Laredo María estuvo con crucificada en Cristo, «enclavada» con El; véase, Calvo, *La Compasión corredentora*, pp. 431 ss.

místico cuando Cristo, desde la cruz, llama a su Madre María con el nombre de Mujer (Jn 19, 26). Y tratando de penetrar en el misterio de estas palabras el mismo Fr. Juan de los Angeles busca la explicación que le parece adecuada: «Parece, Señor, escribe, que le quitais en la muerte lo que le distes en la encarnación. ¿Madre cuando os concibe y mujer cuando morís? Esta es la cruz de María y la mayor congoja de Jesús. Por no dejarla sola, la encomienda, y por no atormentarla más, no la dice Madre»<sup>53</sup>.

Es ahora cuando crece en intensidad la Compasión de Hijo y Madre en el dolor que mutuamente se causan y en el amor que más íntimamente los une. Y teniendo presente el texto ya citado de San Juan, así lo comenta: María, estaba junto a la cruz de Jesús y crucificada juntamente con Jesús; y Jesús otra vez crucificado con su Madre en la cruz de la compasión de manera que la que sola le pudiera ser de alivio en otro cualquier género de muerte, le sirvió de doblarle los tormentos y de abreviarle la vida en este. Estaba mirando el Hijo el corazón de la Madre, hecho un mar de dolores y amarguras. Considerábala puesta en una cruz mortal, estirados sus miembros a la iguala con los suyos, traspasada su alma con los clavos de dolor y con el cuchillo que le profetizó Simeón, muerta sin morir y viva muriendo»<sup>54</sup>.

Por la vía afectiva, y basándose en la verdad revelada, progresa nuestro místico en un conocimiento más pleno de esa misma verdad que se nos enseña. Y guiado por la luz de la contemplación, a la que Dios eleva al alma cuando quiere, penetra en el mejor conocimiento de la enseñanza conocida en el dato revelado. Sin caer en un sentimentalismo vituperable, es también la afectividad una fuente subsidiaria y camino válido para un mejor conocimiento.

Precisamente, es la afectividad quien guía al místico franciscano y le lleva a ver un contenido más rico en el *Stabat iuxta crucem* del texto evangélico. No es la simple constatación de la presencia de María en el Calvario; sino la forma de expresar la asociación de la Madre a la obra redentora del Hijo. Asociación real y efectiva también por sus dolores, que son también causa de los sufrimientos redentores del Hijo.

Seguirá, por eso, Fray Juan de los Angeles diciendo: «Comprehendió el Hijo los dolores de la Madre, incomprensibles a toda humana y angélica criatura; vióse crucificado dos veces: en la cruz material, en que muere, y en el pecho de María, en que no puede morir y a ella crucificada con él, haciendo oficio de verdugo el amor, que por menudo le cuenta y le representa al vivo sus penas todas. Miróla, mirándole; y hirióla, hiriéndole. Compadecióse como hijo de su afligida Madre»<sup>55</sup>.

53 Angeles, *Manual de vida perfecta*, p. 672.

54 Angeles, *Manual de vida perfecta*, p. 673.

55 Ibid.

Después de haber expresado nuestro místico con tanta viveza la asociación de María a los dolores de Cristo, precisamente, comentando su cuarta palabra en la cruz, no deja de sorprender que en su interpretación concluya fijándose solamente en la compasión del hijo para con su madre, a quien para que no quede sólo, le deja a Juan para que lo tenga por hijo y a ella por madre.

Tal vez la clave de esta interpretación pueda encontrarse en aquellas palabras ya transcritas, relativas a la Virgen: «Mujer es y Madre, mujer singular y Madre de Dios sólo en el mundo. Parece, Señor, que le quitais en la muerte lo que le disteis en la encarnación. ¿Madre cuando se concibe y mujer cuando morís? Esta es la cruz de María y la mayor congoja de Jesús. Por no dejarla sola, la encomienda, y por no atormentarla más, no la dice Madre»<sup>56</sup>.

La presencia de María en el Calvario seguirá siendo activa participación de los dolores de Cristo cuando en la cruz muera. Y nuestro místico la verá «transformada toda en la imagen muerta de tu Hijo muerto. Más muerte que viva te contemplo y más crucificada que libre. En él vivías y en él mueres, y sin él, te sirve de tormento la vida»<sup>57</sup>.

Y ante aquella escena exclama: «no se con quién hable: si con Jesús, está muerto y sin sentido; si con María, más muerta que viva la considero»<sup>58</sup>.

No está, sin embargo, saturada todavía la capacidad de sufrimiento de la bendita Madre. A pesar de haber dicho de Ella está «más muerta que viva», cuando el soldado clava la lanza en el costado de su Hijo muerto, dirá también de María que está muerta», más no para el sentimiento justo de esta llaga! Tu Hijo está sin alma propia, y por eso no siente; pero tu sientes, porque está allí dentro más que en ti misma, haciendo oficio de alma de aquel cuerpo. Grandes dolores ha sufrido Jesús, pues expira y muere en ellos; pero en parte son mayores los tuyos, pues padeces los que él padece y los que no padece. Padeces y recibes en tu Corazón vivo la lanzada que en el suyo muerto recibe Cristo»<sup>59</sup>.

Cuando Cristo es bajado de la cruz y su cuerpo muerto es colocado en brazos de su Madre, en el soliloquio que María tiene con su Hijo, recuerda nuestro místico de nuevo la Compasión de María. Y le dirá a la Corona de espinas «que, entrando por la cabeza de mi Hijo, habeis llagado mi Corazón!»<sup>60</sup>. No hace ya más referencias a nuestro intento.

56 Ibid., p. 672.

57 Angeles, *Manual de vida perfecta*, p. 676.

58 Ibid., p. 677.

59 Ibid.

60 Ibid., p. 678.

## IV.—CONCLUSION

He tratado de recoger en las páginas que preceden las enseñanzas de Fr. Juan de los Angeles sobre la «Reconciliación del hombre por Cristo y cooperación de María».

Nuestro místico no ha intentado en sus escritos hacer una exposición doctrinal del tema. A él, sin embargo, se ha referido cuando se presentaba el momento oportuno en las meditaciones que inserta en su *Manual de vida perfecta*, en cuyo estudio me centro.

La cooperación de la Virgen a la reconciliación está fundamentalmente vinculada a su asociación a Cristo por su Maternidad divina.

Creo que en sus enseñanzas aparece muy expresivo, no sólo el aspecto afectivo de la Compasión de María, que manifiesta su asociación a la obra redentora de su Hijo; sino también una participación, que pudiera llamarse objetiva y personal de verdadera Compasión o sufrimiento físico de María.

La Compasión, a su vez, que Cristo Jesús siente por los dolores de su Madre es para Fr. Juan de los Angeles «otra cruz» más dolorosa que la de madera, que oprime y desgarran los hombros de Cristo y en la que es crucificado.

De esta suerte, los sufrimientos de la Compasión de María son asumidos por Cristo, que asocia así más íntimamente a su Madre a su obra redentora.

Es más; parece dar a entender, que, por el hecho de la divina Maternidad de María, para pagar los «gastos» de la sobreabundante y copiosa redención que Cristo realiza, hubiera querido también que su Madre «escotase» la parte que a Ella correspondía.

Así Hijo y Madre, asociados desde el primer momento de los designios amorosos del Padre, determinando la Encarnación del Verbo, se hace presente en la aceptación y conformidad con su querer divino y en el ofrecimiento del sacrificio redentor con el que el Hijo nos redime y al que quiere también asociar la Compasión de su Madre, María.

Reconciliada y reconciliadora.  
Intuiciones mariológicas del P. Estrada, S.J.,  
en el siglo XVIII

Por J. Ordoñez Márquez